

¿Y si fuesen las cosas las que envejecieran, las que muriesen, mientras nosotros permanecíamos? Esta ilusión no tiene porvenir, pero de alguna forma parece que ilumina ahora algún desván de nuestro cerebro. En un antes no muy lejano, la burguesía se atrincheraba detrás de objetos con vocación de perennidad. Era una burguesía de caoba, bronce, mármol, rica lana. Los muebles, traspasaban las generaciones, el velo de cristianar servía para el traje de boda, había sastres especializados en reformar los trajes de heroico paño a medida que su dueño se hacía ventripotente y la ropa blanca se eternizaba en armarios de roble impregnándose de olor a manzana pasada. El ciudadano parecía así enroscarse en la vida, en sus casas de piedra.

Este deseo de trascendencia por la posesión y transmisión del objeto perenne era una forma mítica de escabullirse de la muerte. La nuestra responde a una inversión de esa idea: proyectemos la vejez y la muerte sobre los objetos tráfugas, sobre la liviandad de la familia de los plásticos y las fibras sintéticas, dejemos que las formas se devoren unas a otras, que lo que muera sea nuestro disfraz. Oscar Wilde había intuido algo: no era Dorian Gray el que envejecía, sino su retrato.

DEVALUACION DE LA VEJEZ

Puede buscarse en la invención del pobre Wilde algo más que una fantasía: puede buscarse un símbolo de época. El «retrato» es de 1891; su precedente, el «A Rebour» de Huysmans, de 1884. La sociedad está acusando ya las dentelladas de Ricardo, de Darwin: la «supervivencia del más fuerte», la «selección natural», la «lucha por la vida». Aparte del valor biológico de estas doctrinas, su difusión filosófica y sociológica iba a mudar el concepto general de la vejez.

La vejez, considerada como un valor superior en la organización de las sociedades, comenzó a devaluarse poco a poco. La fuerza y la agresividad de la juventud, con esta nueva consideración de la «naturaleza», debían imponerse. La «joven América» comenzaba a ser el macho de guía de la manada humana: se retrasaba «la vieja Europa». Se estaba empezando a romper en ese momento una armonía entre las generaciones, que todavía se sostiene en las sociedades llamadas primitivas, o en las zonas más pobres de la geografía humana. Hoy está completamente desgarrada. En

JUVENTUD Y JUVENILIDAD

PABLO BERBEN



La edad excluiría a Pau Casals si hubiese oposiciones para músicos, como a Picasso si fueran para pintores. En la foto, el matrimonio Casals, prototipo de dos clases de juventud.

las sociedades de armonía generacional el grupo senatorial no tiene un valor negativo: ocupa su puesto y su función; Es un grupo «venerable». La vejez no se asimila a fealdad, a impotencia, a elemento sobrante: la muerte no es enteramente una catástrofe. No ocurre así en las sociedades industriales —y, luego, científicas— de auge en el siglo XX.

«JAMAS TENDRE SESENTA AÑOS»

En el momento en que se establece la idea de la supremacía de la juventud, lo que antes era simple deseo de permanecer en ella se convierte en necesidad: se es joven, o se es residuo. Los mitos de rejuvenecimiento son antiguos, son eternos. La Fuente Juvencia, Eldorado o, ya en nuestros tiempos cinematográficos, el valle de Sangri-La la buscan por la geografía, como si en la baraja de la creación se hubiese mezclado ese comodín para quitar la rigidez absoluta a las reglas del juego. Goethe la sitúa ya en un laboratorio. Puede no ser casualidad: aunque su personaje fuese medieval y contuviese ideas del mito antiguo —el diablo, la pureza salvadora de una doncella—, la época de Goethe era ya una época de laboratorios de los que todo se esperaba: los de Watt y Volta, los de la botella de Leyde, el pararrayos de Franklin, el globo de Montgolfier. Desde entonces, la juventud se iba a buscar en laboratorio.

Jean Servier cita en la «Historia de la utopía» las declaraciones de una actriz de nuestro tiempo: «Jamás tendré sesenta años. Pronto se descubrirá la píldora para no envejecer y me quedaré para siempre sin pasar de los treinta». A principios de siglo, el laboratorio que despertaba más esperanzas era el del doctor Voronoff, en París: el injerto de glándulas genitales de mono en el hombre produciría el rejuvenecimiento fisiológico. Sus libros, «Vivre», «La conquête de la vie», «Greffes animales», se vendían como panecillos, y los Estados Unidos se compraron al sabio y le pusieron laboratorio; pero las glándulas de mono no le salvaron de la vejez, de la muerte y, finalmente, del olvido científico.

Unos años más tarde, la ilusión buscó nido en el laboratorio de su compatriota Alejandro Bogomelets, en el Instituto de Biología y Patología de Kiev. Fue allí donde lanzó al mundo el SCA, elixir de larga vida, en 1938. Su nombre científico era «citotoxino reticular», y se decía que era la bebida preferida de Stalin. Ya está, también, olvidado.



Pasadas las temporadas de la «jalea real» y del «hongo», la dietética del año 2000 será quizá programada por computadoras electrónicas: dado el peso, la edad, clase de ocupación, temperamento, estatura y además, el aparatito nos propone el régimen nutritivo ideal para vivir muchos años.

EL «HONGO» Y LA «JALEA REAL»

Otros hallazgos tenían un carácter paracientífico. En España hubo la larga temporada de la «jalea real», procedente de las abejas. Y hubo la del «hongo», que se reproducía incesantemente, recubierto en su recipiente de una infusión de té, que se bebía con difíciles ritos. En algunos veranos de la posguerra se veían en los alféizares de las ventanas las cazuelas del «hongo» puesto a refrescar. Las vecinas se ofrecían unas o otras las capas superiores del hongo para que siguiera reproduciéndose en nuevos hogares, y en los periódicos se publicaban encuestas y opiniones médicas que muy generalmente negaban cualquier valor terapéutico y regenerador al hongo.

Sin embargo cuando, algo más tarde se propagó la penicilina y se divulgó que era el cultivo de un hongo, el del «penicillum», los «honguistas» madrileños se sintieron precursores y concluyeron que no eran tan anticientíficos como creían. Probablemente el mito procedía entonces de la propia capacidad del hongo para crecer incesantemente, para rejuvenecerse en nuevas capas. Muchas veces he pensado qué será de todos aquellos hongos, y si continuarán reproduciéndose infinitamente en las alcantarillas donde fueron arrojados hasta levantar por los aires la ciudad.

JUVENTUD = PRODUCTIVIDAD

Las esperanzas científicas en el rejuvenecimiento no son, naturalmente, enteramente míticas

ni enteramente disparatadas. Las esperanzas de vida al nacer se han duplicado prácticamente en los países desarrollados en el último siglo, ciertas enfermedades se han erradicado definitivamente, los estragos de la vejez se han mitigado por la gerontología. Ciertos progresos, ciertas realizaciones, alimentan el mito de la eterna juventud. Pero el problema del ciudadano es que no tiene demasiado tiempo para esperar, por una parte, y que la presión social le obliga a ser joven, a no dejar de serlo bajo ningún pretexto, aquí y ahora.

Es en este punto donde aparece la ficción y el carácter más alucinatorio del mito. Ya no es solamente la mujer —cuya juventud tiene un carácter de valor en el mercado— la que necesita esa permanencia —por eso fue ella la primera en acudir a maquillajes, afeites, modas—, sino también el hombre, porque también para él la juventud es un valor de mercado.

El mito juventud = productividad está en las grandes y pequeñas empresas. Las aperturas para nuevos puestos bajan continuamente los límites de edad —de una manera singularmente contradictoria con los estudios fisiológicos y psicológicos sobre producción y edad—, al mismo tiempo que aumentan sus exigencias en cuanto a titulación y experiencia: el margen posible va haciéndose ridículo. Se van haciendo descender las edades de jubilación, y hasta instituciones tradicionalmente apoyadas en la clase senatorial, como la Iglesia católica —a cuyos miembros profesionales se da el título de «padre» y de «madre», como signo

de madurez— comienza a apartar de su organización a los que sobrepasen ciertos límites de edad.

Si hubiese oposiciones para pintores, Picasso no podría participar en ellas; ni Pablo Cassals en unas para músicos, ni Mao Tse-Tung en unas para gobernantes. Hay una contradicción esencial en unas sociedades que permiten que sus gobernantes sean ancianos, pero no que los hombres maduros sean empleados de Banco; hay una contradicción esencial entre una sociedad que, por razones de prolongación de la vida considera jóvenes «aún» a los hombres de cincuenta años, pero les califica como demasiado viejos para optar a un trabajo.

LOS «FALSOS JOVENES»

En estas circunstancias se realiza la aparición de los «falsos jóvenes» y de aquellos que proyecta la vejez y la muerte sobre lo efímero de lo que les rodea.

Hace unos años, un joven que buscaba trabajo tenía que disfrazarse de adulto: traje oscuro, camisa blanca y corbata, peinado sereno. Hoy, un hombre maduro, en la misma situación, tiene que adoptar un disfraz de joven. En esta mujer madura que acorta sus faldas todo lo que puede —cuando es la época de acortarlas—, que hace un esfuerzo para trotar sobre el asfalto, hay una horrible angustia, y no una frivolidad, como hay terror en el hombre que a medida que transcurren los años va pasando a coches más deportivos, entrando en deportes que antes desconocía o adoptando modismos coloquiales

que le salen mal, como si hubiese iniciado un «regressus ad uterum». Trata de evitar quedarse fuera del juego.

En el juego actual, el amor —el afecto imprescindible— es para los jóvenes, el consumo es para los jóvenes. En su horizonte está la «Ciudad de los ancianos», el «Club de los ancianos». No hay nada que objetar a estas instituciones, muchas de ellas ejemplares y modelo, salvo lo que reflejan de la sociedad: el «viejo» tiene que ser apartado, aislado, medido en su lazareto. No hay lugar para él.

La «juventud» tiene, por consiguiente, un carácter de terror. Sobre todo por su relatividad y por su imposibilidad. Inesperadamente, va produciendo resultados absurdos: en lugar de prolongarse la juventud real —es decir, el tiempo de crear, de producir de amar, de participar— va retrocediendo. Los jóvenes reales que pasan de los veinte años se sienten ya desplazados por sus menores, por los «teens» —de trece a diecinueve—. La sociedad de consumo, que reposa principalmente en esa situación, se nutre de una característica psicológica de la juventud, que es su plasticidad: es decir, su capacidad de adaptación y de hacer frente a situaciones nuevas. La renovación de las formas y de las modas de toda índole requiere esa plasticidad; quien la adopta porque le es necesaria la «juventud» corre agobiado tras las formas cambiantes sin llegar a comprender nunca el objeto que se le va de las manos y en el que ha proyectado la vejez. Ha dejado de comprender y su vida es una continua fuga hacia atrás.

LOS TRES MALES

Uno de los males de esta situación es la de la falta de referencias, de la mutabilidad del mundo en torno. No hace falta ser conservador para comprender que es preciso que los puntos fijos de una cultura o de una civilización tengan una duración relativa. Demasiado tiempo y no servirán más que para la esclerosis de la sociedad que los adopta. Demasiado poco y no permitirán ninguna clase de construcción, no podrán ser apurados, exprimidos: desaparecerán, desconocidos, en el horizonte, mientras son sustituidos por otros que quizá no tengan significado diferente, pero que al ser aparentemente diferentes dificultarán de nuevo toda la capacidad de comprensión.

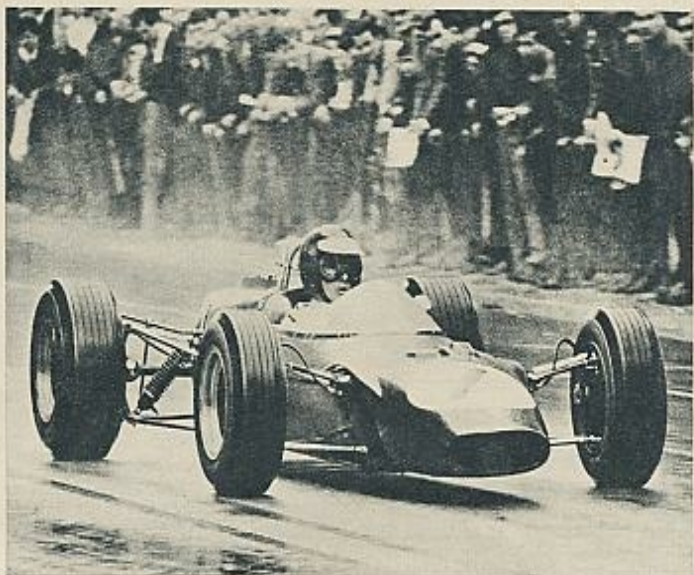
Otro de los males es la dimensión de la capacidad de aprender. Al negar a los «mayores» toda capacidad de participación en la

CORRA, BUSQUE Y LLEGUE VD. PRIMERO

LUIS DAVILA

UNO de los programas radiofónicos de más éxito en ciertas zonas de la España de los años cuarenta y cincuenta era el de «Corra, busque y llegue usted primero...». Una noche había que buscar un viejo reloj de cuco; otras, una cornucopia antañona; en ocasiones, un caldero de cobre gitano. Una vez en posesión del objeto había que llegar a la emisora patrocinadora de la competición: «Corra, busque y llegue usted primero». El recuerdo de este programa suele venirme cuando recorro la abundante geografía del deporte convertido en mito del siglo XX. Otro recuerdo que se me impone es un poema de Gabriela Mistral. En él se cuenta la historia de unas niñas que juegan a ser reinas, luego se hacen mayores y... no lo son. El americano Hines tiene el record mundial de los 100 metros lisos en 9"9/10. Es un record que se

mantiene desde 1968. En cambio, los socialistas son los mejores corredores de fondo: Frenkel (de Alemania Democrática) es el recordman mundial de los 20 kilómetros marcha, y su compatriota Hohne, de los 50 kilómetros. En las paredes reales y metafísicas del mundo grandes carteles predicaban el encanto de la educación física: **Contamos contigo, Mejora tu cuerpo y mejoras la raza. Lo importante es competir.** El atleta parece ser la medida de un mundo utópicamente mejor: «El deporte acerca a los pueblos, el deporte enseña a saber perder, la solidaridad universal estaría garantizada si la política la hicieran deportistas», dijo en cierta ocasión Avery Brundage, presidente del COI. Nuestro siglo ha parido todos los mitos que necesitaba, y uno de ellos ha sido el deportivo. Nació como un aborto del capitalismo imperialista, precisamente



JUVENTUD Y JUVENILIDAD

vida real, se niega simultáneamente toda su capacidad para «transmitir» valores: se confunden los valores realmente «viejos», desplazados ya en la vida actual, con los valores vigentes, pero transmitidos por los «viejos».

El tercer mal, que los engloba a todos, es el de la apertura de una guerra de generaciones completamente falsa e innecesaria por la que se derivan esfuerzos que podrán ser realmente pro-

gresistas y útiles. Es un equivalente de la otra fragmentación social artificial que se propone con el enfrentamiento hombre-mujer. Hay «maestros» buenos, hay «maestros» malos: pero hay maestros. La dificultad en separar el magisterio «bueno» del «malo» —naturalmente, estos juicios de valor no son más que una abstracción de lo que necesitaría mayores explicaciones— no se zanja simplemente rechazando todo magisterio. ■ P. B.